

Víctor Castro

Elegía a la muerte de mi madre



UN día tus dulcísimos ojos
fueron alas. Un día tan triste
terminó para ti la luz más pura,
así como se quiebra una magnolia
con su talle, por dentro, derramado.
Un día temblaste, madre mía,
como tiembla una única gota,
allí donde la vida, hermosamente,
de un lado comienza, mas termina.
Y así como las lágrimas son nubes
que adivinan de pronto su misterio,
así la muerte destruye con su espina
la perfecta unidad de la ternura.
Y tú, madre mía, que eras llama,
que eras barro, sin límites, celeste,
hoy, también, como una flor cerrada,
me recuerdas una bella Primavera...

• • •

Yo era un débil, cuyas venas convulsas
ardían, así como mi frente.

Mas, de pronto, la sangre instantánea
regó con su relámpago este mundo,

y así, con una densa miseria
mi grito perdíase en tu pecho
buscando, confiado a tu misterio,
un resquicio querido, sin abismo.

Mas, sólo el universo fué un vacío
allí donde espumas laboriosas
buscaban una tierra o memoria.

Después, como párpado caliente
el bello jardín. Era septiembre.

Y un cielo purísimo traía
la brisa primera, o eran dedos
de tu mano querida en mis cabellos...

• • •

Y hoy te alejas, hermosa, por la tierra,
sin sangre, como lívido espejo,
allí donde se miran unas sombras,
allí donde tu frente nunca es brisa.

Te alejas, te alejas, madre mía,
relámpago de hoy desconocido,
mi bella silenciosa que aun siento
corazón tan finísimo de un mundo.

¿Qué me diste, madre mía, cuando niño,
si esa leche brillante de tus pechos
son mis huesos tan tristes, la materia
sagrada de mi grito primero?
Y algún día, como un alguien destruido
nuevamente en su vientre o ceniza,
seré tu minúsculo hijo.